



D. José Utrera y Cadenas.

No vamos á escribir una biografía de este aventajado pintor gaditano, cuya pérdida lloran las artes; el retrato de este malogrado jóven y las presentes líneas, no son otra cosa que un homenaje á su memoria. Un año ha que consagramos una página del SEMANARIO al recuerdo de Alenza, el pintor de genio que supo sorprender los rasgos mas marcados de las costumbres españolas, próximas á desaparecer para ceder su puesto á otras de extraño suelo. Hoy es Utrera, pintor de talento tambien y de porvenir, muerto como Alenza cuando empezaba á ser ventajosamente conocido, á quien dedicamos esta memoria. Nadie ha olvidado aun el lienzo en que supo representar uno de los hechos mas héroicos de nuestra historia nacional, el de Guzmán el Bueno, en el sitio de Tarifa, conquistando una reputacion envidiable con esta obra que debia ser la última, y que acaso contribuyó á acortar los dias de Utrera (1). Nació el 26 de diciembre de 1827, dejó de existir el 8 de mayo de 1848; en el corto periodo que separa estas dos fechas, Utrera siguió esa carrera de laboriosidad y de noble ambicion, que recorren generalmente cuantos se sienten animados del deseo de gloria que es consecuencia del genio.

SANTO TORIBIO DE LIÉBANA.

Narrar con entera exactitud las circunstancias que á la ejecucion de este convento precedieron, es tarea que su mucha antigüedad hace cuando menos de gran dificultad; mas no por eso hemos querido privar á nuestros amables lectores del conocimiento de los curiosos datos, que con el exámen de algunos manuscritos y cronicones hemos podido recoger respecto á él.

No es el edificio en general digno de llamar mucho la atención de los arqueólogos, pues solamente encierra una hermosa capilla, de la cual nos pensamos ocupar mas ade-

lante y que sin duda alguna, á juzgar por su género de construcción y buen estado en que se halla, debió ser levantada diez ó doce siglos despues que el resto del monasterio.

Es lo mas singular en su historia el sin número de tradiciones que dan á conocer otros tantos milagros, consiguiendo á la adoracion de las preciosas reliquias, que aun actualmente se conservan, de las que, atendiendo al corto espacio con que podemos contar, solo vamos á citar aquellas que nos han parecido mas notables.

Situado este convento en un parage aislado y pintoresco, en el partido de Liébana, provincia de Santander, presenta una vista bastante agradable, á pesar de que en su frontis, como hemos dicho, no trataron de esmerarse mucho, la cual está reproducida con entera exactitud en la viñeta que va al frente de este artículo.

Fué fundado, segun cuenta Fr. Gregorio de Argaiz coronista de la órden de san Benito el año de 457 por el mismo santo Toribio, obispo que fué de Astorga y sacristan de Jerusalem. Lo mismo dice el P. Sota coronista de Carlos II, añadiendo que fué el segundo que de su órden se fundo en España, siendo el primero el de san Victorian en Aragon. El santo, segun parece, se halló habitando todo el tiempo que duró la ejecucion de este convento, una cueva natural, que se vé situada en uno de los montes, á cuya falda está colocado. Esta cueva, albergue en otro tiempo de las sagradas reliquias que santo Toribio traía de Jerusalem, dió acogida á principios de este siglo, á un tal Policarpo, sargento retirado del ejército, quien revestido con un traje estorbático, recorría semanalmente todos los pueblos del partido, volviendo bien provisto á su misteriosa habitacion. Por largo tiempo logró con sus gazmoñerías tenerlos engañados, así como á los frailes; hasta que por casualidad, ó mas bien por providencia del cielo, llegaron á saber era el mas solemne pícaro, que abusando de su credulidad vivía holgadamente con las muchas limosnas que sacaba y lo que él se tomaba contra la voluntad de sus dueños, siempre que se le presentaba una ocasión.

Las reliquias que segun el P. Sota trajo de Jerusalem el santo, son en número bastante grande, y como nosotros no

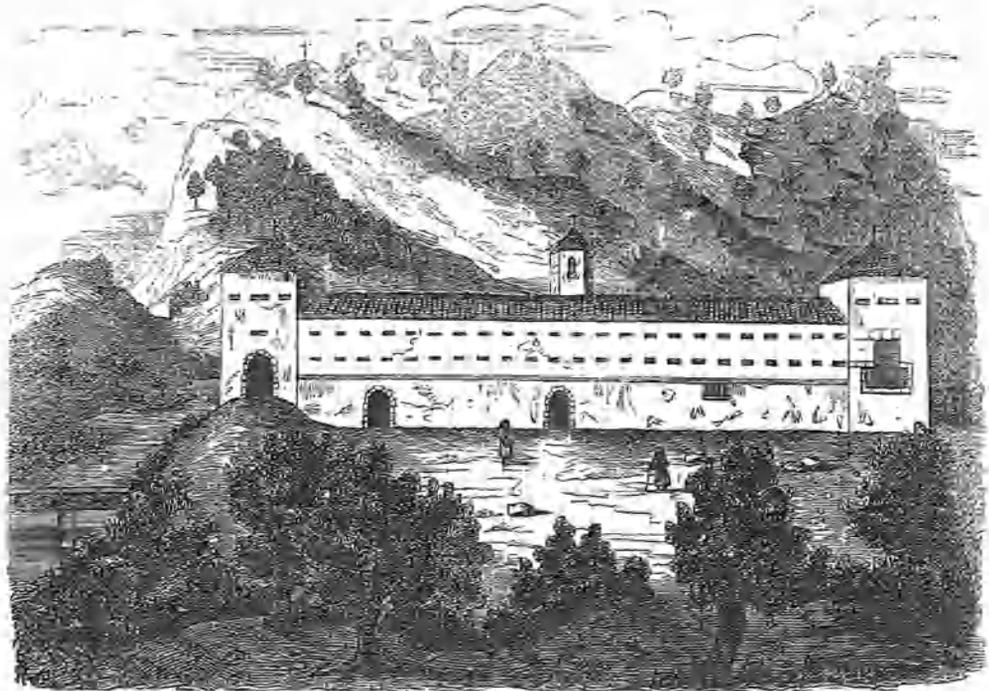
(1) S. M. ha adquirido últimamente este precioso cuadro.

nos hemos propuesto citar sino aquellas mas notables, hablaremos solo de dos que en nuestro sentir lo son, y atraen el mayor número de fieles.

La primera es el brazo izquierdo de la santa cruz donde espiró nuestro Redentor y la segunda un estabon de la cadena que el mismo Señor arrastraba en su paseo por el monte Calvario. En lo antiguo y hasta principios de este siglo era inmensa la concurrencia, que no solo del país sino de puntos muy lejanos llegaba á este convento, con solo el objeto de adorar estas santas reliquias, con especialidad los dos dias 3 de mayo y 14 de setiembre, dedicados el uno á la Invencion, y el otro á la Exaltacion de la santa Cruz; siendo causa de debilitar esta devoción y entusiasmo religioso la guerra de los franceses y sucesos posteriores, como la incuria y tibieza de los mismos frailes que terminan en el mayor abandono hasta el edificio y demas pre-

ciencias que debian conservar por sus recuerdos históricos y religiosos.

Dice el mismo P. Sota, que el año de 913 de Cristo nuestro Señor, quiso apoderarse del cuerpo de santo Toribio, existente en este convento, el conde don Alfonso de Lebena, que al intento y en el supuesto de encontrar oposicion por parte de los monjes, se dispuso un dia en union de su esposa doña Justa y todos sus vasallos bien armados á sacarlo de allí á viva fuerza si así fuere preciso, pero que próximos ya á conseguir su objeto, se vieron él y su gente privados súbitamente de la vista. Este fatal accidente, dió á don Alfonso á conocer toda su imprudencia; y deseoso de repararla en algun tanto, otorgó en aquel mismo dia una escritura, cediendo en beneficio de los frailes todos sus castillos y tierras, inclusa la villa Illaredes, hoy de Maredes en el valle de Cereceda, la cual dice habérsela comprado á su



Vista general de la iglesia de San Toribio de Liebana.

señor don Ordoño II, rey de Leon, con todas sus dependencias. Esta escritura que en su crónica copia integra el padre Sota, fué puesta el mismo dia en manos del abad Opila, no siendo al parecer en vano tan grande sacrificio, pues cuenta el famoso historiador, que así logró tanto el conde como su esposa y vasallos, no permanecer más tiempo en las tinieblas de la noche, que el puramente preciso para entender la citada escritura de cesion.

Mas despues y mediados del pasado siglo resulta que el Ilmo. Sr. obispo de la ciudad de Astorga quiso tambien trasladar el cuerpo de este mismo santo á aquella capilla; pero tuvo que abandonar este proyecto por ignorar el punto determinado donde se hallaba sepultado, no sin haber antes intentado realizarle por diferentes medios, llegando hasta socabar á la ventura gran parte del edificio, por cuya razon, dícese si llegó á falsear uno de los arcos de la nave principal.

Tenia hasta hace muy poco tiempo la cadena mencionada, la virtud de curar completamente á los enfermos ó endiablados que por una ó mas veces la suspendieran sobre sus espaldas ó cuello; pero esta perdió todo su prestigio, cuando á principios de este siglo el P. Cortés, abad del monasterio, determinó que durante la operacion del cuerpo, estuvieren dos robustos legos sacudiendo las espaldas del paciente con una buena verga.

Es lo cierto que este físico remedio unido al espiritual, ha obrado tan prodigiosamente que desde aquella época hasta el dia, ni uno solo ha vuelto á presentarse con igual soledad.

Vamos por último á describir la preciosa capilla del camarín, donde se hallan depositadas las reliquias.

Su pavimento es todo de una piedra azulada muy co-

mun en el país, salpicada de multiplicadas vetas blancas, que la hacen muy semejante al jaspe, siendo de este mismo material casi todo el resto de la capilla.

Arraigan de sus cuatro ángulos otras tantas pilastras perfectamente trabajadas, y las circuye una magnífica cornisa del mismo orden que forma un polígono octagonal, y de donde se elevan hasta una altura elegante y proporcionada, cuatro arcos de medio punto de un diámetro de treinta pies castellanos.

Los lodos de este polígono se ven ricamente vestidos con hermosos relieves en una piedra puramente blanca, que representan los cuatro evangelistas, con todos sus correspondientes atributos, y en la bóveda abrazada por el segundo y tercer arco tiene origen la obra mas perfecta de esta capilla.

Es esta un dodecágono que se eleva sobre todo el resto de ella mas de cuarenta pies y en cuyos lados lo mismo que en los del octágono que viene á ser su verdadero punto de apoyo, se notan infinitos relieves ejecutados con notable perfeccion, y cuatro venianias ojivales que dan paso á la luz que baña todo el fondo de la nave.

En la perpendicular que pasa por el centro de esta cúpula, está situado el camarín que encierra las santas reliquias. El altar sobre que se eleva es de madera, y su forma un polígono, en cuyos lados, los dias de funcion se ofician diferentes misas á la vez. Se compone el total de cinco cuerpos distintos, los dos primeros de los tres restantes en cuanto al orden de arquitectura, si bien son iguales en su todo en su forma que es la misma del altar.

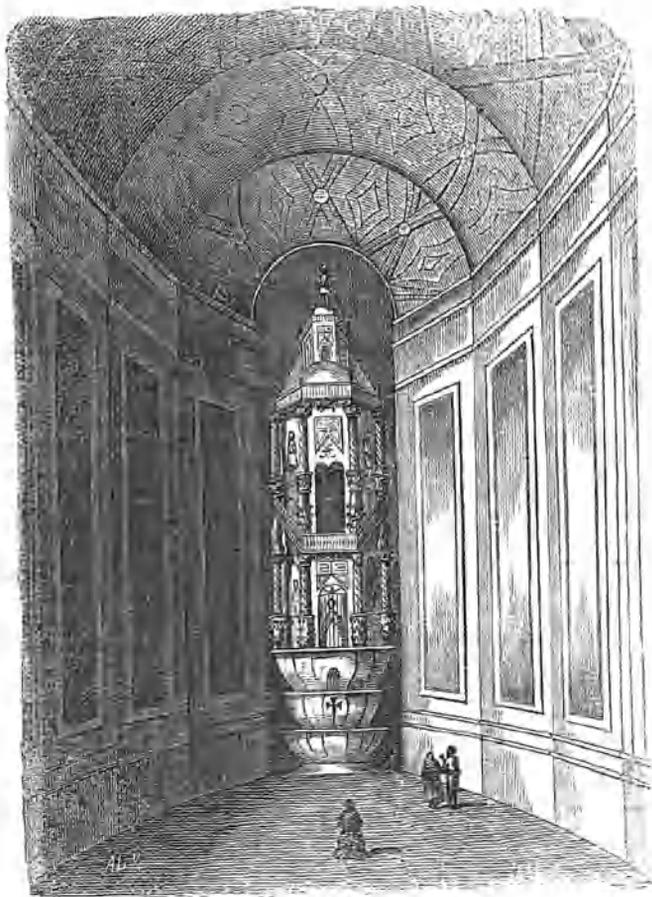
El tercero y cuarto son de un trabajo excesivamente mas bello y costoso que todos los demas.

En aquel se encuentra colocado y en medio de un inter-

columnio corintio, el brazo de la cruz, y en este igual al anterior, aunque de mayor altura, está la imágen de Ntra. Sra. visible por todos los ocho lados del polígono. Es admirable la perfeccion con que están ejecutadas las diez y seis columnas de ambos cuerpos, así como los muchos adornos del total del camarín perfectamente dorado, pero esto no obstante se vió no hace mucho tiempo amenazado de ser presa de las llamas para estraer el oro que su autor empleó

en él con tanta profusion. Hemos querido consignar todos estos detalles tanto mas, porque el estado de abandono en que se halla el convento en general, bará que muy pronto desaparezcan de la vista del científico viajero; apresurándonos á asegurar no los hemos logrado describir con aquella exactitud que su excesivo mérito exigía.

LUCINIO MARTINEZ DE VELASCO.



Vista interior de la capilla de Sto. Toribio.

LA VELADA DEL HELECHO.

ó

EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

I.

Al tomar la pluma para escribir esta sencilla leyenda de los pasados tiempos, no se me oculta la imposibilidad en que me hallo de conservarle toda la magia de su simplicidad, y de prestarle aquel vivo interés con que sería indudablemente acogida por los benévolos lectores, (á quienes la dedico), si en vez de presentársela hoy con las comunes formas de la novela, pudiera hacerles su relacion verbal junto al fuego de la chimenea, en una fría y prolongada noche de diciembre; pero mas que todo, si me fuera dado trasportarlos de un golpe al país en que se verificaron los hechos que voy á referirles, y apropiarme por mi parte el tono, el gusto y las inflexiones de voz con que deben ser realizados en boca de los rústicos habitantes de aquellas montañas. No me arrearé, sin embargo, en vista de las desventajas de mi posición, y la historia cuyo nombre sirve de encabezamiento á estas líneas, saldrá de mi pluma tal cual llegó á mis oídos en los acentos de un jóven viajero, que, tocándome muy de cerca por los vínculos de la sangre, me perdonará sin duda el que me haya decidido á confiársela á la negra prensa, desnuda del encanto con que su expresión la revestía.

Era la víspera del día en que solemniza la iglesia la fausta natiuidad del precursor del Mesías. El sol iba á ocultarse detrás de las magustuosos cimas del *Moleson* y del *Jaman*, (en español *Diente de Jaman*), magníficas ramificaciones de los Alpes en la parte occidental de la Suiza, y la pequeña y pintoresca villa de *Neirivue*, situada á alguna distancia de las orillas del río *Sarine* en el canton de Friburgo, presentaba en aquella tarde el espectáculo de un movimiento inusitado entre sus pacíficos moradores. La causa, sin embargo, no era otra que el estar convidados una parte de ellos, que en la época de nuestra historia no llegaban á 200, á pasar la velada en la casa del rico ganadero Juan Bautista Keller, poseedor del mas grande y hermoso *Chalet* (ó caserío) de cuantos se conocian en Neirivue; el cual celebraba en él todos los años en compañía de sus amigos, la noche que antecede á la festividad de su glorioso patron.

Los viejos del país, que podian atestiguar la antigüedad que tenia en él la costumbre de solemnizar la mencionada noche con una alegre velada, acudian gozosos á tomar parte en la fiesta del espléndido Keller, que en tales circunstancias ponía á disposicion de sus convidados los mas exquisitos productos de su quesera, y los mejores vinos de Berna y de Friburgo. Los mozos por su parte no desperdiciaban la ocasion de ir á solazarse un poco de las fatigas de sus diarias faenas, animado ademas cada uno de ellos, con la lisonjera esperanza de merecer la dicha de bailar con la jóven Ida Keller, que no era solamente una de las mas ricas herederas del lugar, sino tambien la mas apuesta y gentil doncella de cuantas pudieran encontrarse en muchas leguas á la redonda. A pesar de esto, era tan modesta y tan apacible la

hija de Juan Bautista, que la querian de todo corazón sus compañeras, y andaban también muy listas en ir á felicitarla por el santo de su padre, navianándose por tan plausible motivo con sus galas de los domingos.

Velábase, pues, circular por las calles de la humilde población, dirigiéndose de todas partes al *Chalet* de Keller, bulliciosos pelotones de zagalas y pastores, entonando á coro aquellos cantos particulares de su país, cuyo mágico poder sería probablemente nulo para los oídos del extranjero, sino conociérasele antemano ser tan grande el que ejerce sobre los naturales, que, según nos ha hecho saber el clocuente autor de la nueva *Heloisa*, hubo que prohibir, bajo pena de muerte, que se tocasen aquellas melodías llamadas *Ranz de las vacas* entre los soldados suizos, á causa de ser tan enérgica y profunda la impresión que hacían en ellos, que desertaban para volver á su patria, ó morían de dolor por no poder verificarlo.

La siempre limpia casería del opulento ganadero, ostentaba aquel día las señales del extraordinario esmero con que procuraba la bella *Ida* hacerla mas agradable y digna de los regocijos de que iba á ser teatro. Hallábase construida aisladamente á las orillas de un arroyuelo formado por parte de las aguas del torrente de *Hongryn*, que despues de perderse entre las villas de *Allieres* y *Montvobon* vuelve á aparecer cerca de la de *Neirivue*, cuyo nombre toma, andando para ello cerca de legua y media por un canal subterráneo.

Lo exterior de aquel sencillo edificio de madera no ofrecía nada que notable fuese, mas cuando se traspasaban sus humildes dinteles, echábase de ver que no carecía en él su dueño de ciertas comodidades, no comunes en los *Chalets*, que no consistían generalmente, sino en cuatro estensas paredes de madera formando un cuadro, con techo de tablas sobrecargado de piedras, para servir de abrigo en el mal tiempo á los ganaderos y á sus reses, que se aposentaban juntos en maravillosa armonía.

Distinguíase el de Keller tanto por la mayor solidez de su construcción como por su capacidad y buen arreglo. Constaba como los otros de un solo piso bajo, pero suficiente para prestar alojamiento á los varios pastores que empleaba Juan Bautista en la guarda de su numeroso ganado, teniendo además un espacioso departamento reservado para el propietario, y que será el único de que hablaremos, por ser el destinado á servir de punto de reunión á los convidados á la velada de San Juan. Componíase, pues, dicha parte de la casería, de dos salitas cuadrilongas, de las cuales una estaba señalada el día á que nos referimos para la recepción de los convidados, y la otra para las mesas en que debían disfrutar mas tarde la agradable refacción que se les preparaba. Servían de ornato á las paredes de la primera, varios cornamentos de gamuza, que indicaban no ser Keller menos buen cazador que ganadero; confirmando la verdad de dichas señales los grandes cuclillos de monte que alternaban con aquellas, y las escopetas que en unión con gruesos garrotes de agudas y férreas puntas, (indispensables á los que transitan por los Alpes), se veían hechas debajo de las altas rinconeras clavadas en los cuatro ángulos de la sala. Dos largos bancos de pino se extendían por dos laderos de esta, y una monstruosa mesa de encina que ocupaba otro, y algunas sillas de haya agrupadas cerca del hogar en frente de aquella, completaban el mueblage que tenía por exuberancia la añadidura de cuatro figuras de aliso hábilmente labrado, representando á la Santa Virgen, al bienaventurado San Juan Bautista, al glorioso apóstol San Pedro y al bendito San Nicolás, que es objeto de especial devoción entre los friburgueses. Se ostentaban las mencionadas estatuas sobre las rinconeras de encina, entre jarrones de flores agrupadas con tal arte y variedad de colores, que demostraban haber andado en ellas la defirada mano de *Ida Keller*.

A pesar de la buena disposición de su *Chalet*, el ganadero era bastante rico para no vivir en él, y había hecho construir en el centro de la villa una linda casa de dos cuerpos, en la que se daba la importancia de un señor feudal, si bien conservando siempre á su *Chalet* el esclusivo privilegio de servir de teatro á las campesinas fiestas de la víspera de su Santa.

La tarde era serena, y el sol acababa de desaparecer, dejando coronadas las montañas con brillantes aureolas de sus últimos rayos, cuando los convidados de Keller comenzaron á llegar al *Chalet*, que al punto fué iluminado con numerosas lachas de viento, sembradas en las már-

genes del arroyo, y por grandes faroles que se encendieron en lo interior de la casa. Juan Bautista, con un aire de hospitalidad verdaderamente patriarcal, salió al encuentro de sus huéspedes, mientras que su graciosa hija, puesta de pié en el umbral, tendía por todos los grupos que se aproximaban subelantes miradas, cual si intentase distinguir algun objeto, que sin duda no logró encontrar, pues exhalando un largo suspiro se adelantó en seguida á recibir á sus alegres compañeras, con una sonrisa que tenía algo de forzada y melancólica.

En breve fué tan numerosa la concurrencia que hallándose apretados en la pequeña sala del *chalet* y viendo la serenidad del tiempo, corrieron los jóvenes de ambos sexos á espaciarse y á bailar á las orillas del arroyo; mientras que las personas de edad madura tomaban posesión, en fuerza del hábito, de las inmediaciones del apagado hogar.

A los sonidos del tamboril y la zampoña, que tocaban dos pastores, la bulliciosa tropa juvenil comenzó á bailar con creciente vigor, pero *Ida* continuaba distraída y desplaciente, negándose á tomar parte en el baile por mas que la invitasen á porfia los mejores mozos de la reunión, y que la diesen incitantes ejemplos sus compañeras. Sin embargo, quien la observase atentamente hubiera notado poco despues iluminarse de repente su mirada con la inflexible espresion de la esperanza; mientras sus oídos parecían atender con la vigilancia de un perro, á cierto leve rumor que apenas se podía percibir entre el ruido que armaban los bailadores; y tambien habría echado de ver que una sonrisa deliciosa vagó fugaz sobre el carmin de sus labios, en el instante en que vino á interrumpir momentáneamente la danza pastoril la aparición de un nuevo personaje.

Era este un joven como de 22 á 23 años, delgado, esbelto, de estructura nerviosa, con hermosos ojos y rizados cabellos oscuros, tez fina y pálida, y manos cuya blancura indicaba no pertenecer á un hombre consagrado á los trabajos del campo. ¡Arnoldo Késsman! ¡Arnoldo Késsman! exclamaron al verla los circunstantes. — ¡Que baile con *Ida*! dijeron las doncellas. — ¡Si, que baile con *Ida*, repitieron, aunque de mala gana, los mozaebos.

El recién llegado obedeció presentando su diestra á la hermosa hija de Keller, que no se negó esta vez á tomar parte en la danza: no, empero, sin decir antes á su pareja con tono de reconvencción: — Sois el último que habeis venido, Késsman!

— Ya sabéis que soy un verdadero esclavo, *Ida*, respondió el joven al conducirle: os he dicho cien veces que estoy sujeto al hombre mas adusto é intratable de la Helvecia.

— ¡Oh! ¡salid de su casa! dejad á ese rudo conde de *Montsalvens*, repuso la doncella. ¿Os parece justo que no podamos vernos sino cuando su capricho lo permite?

El joven suspiró, pero no contestó palabra porque la danza se comenzaba en aquel momento. Mientras ella duró fué dar algunas noticias á mis amables lectores respecto al individuo cuya presencia ha disipado los enojos de la linda Keller, y del otro que parece haber sido causa de la tardanza que diere origen á aquellos.

No era ciertamente la época de nuestra historia de las mas prósperas para el feudalismo, en la antigua Helvecia sobre todo; pero hay que advertir que el lugar que tenemos por especial teatro es precisamente el que conservó por mas tiempo el sello de aquel sistema.

Corrían los primeros años del siglo XV, y no se contaba todavía Friburgo entre los cantones emancipados, cuya confederación aun no estaba consolidada con las victorias de *Grandson* y de *Morat*, obtenidas á mediados del mismo siglo. No se preveía entonces aquella próxima ruina del poder de *Borgoña*, ni menos se contaba con los repetidas desastres que habían de forzar poco despues al emperador de Alemania á renunciar sus derechos y á celebrar la paz con la Suiza. Los friburgueses, constantemente agradecidos á los privilegios que les concediera *Rodolfo de Hemburgo* por los años de 1274, se mantenían fieles y adictos á la potestad del Austria, fidelidad en que perseveraron en medio del contagio de tan opuestos y victoriosos ejemplos, hasta que en 1480 la misma Austria tuvo á bien extirparle de sus fueros.

Así, pues, aunque el feudalismo hubiese comenzado á caer en Helvecia desde el siglo XIII; aunque las cruzadas, disminuyendo las familias privilegiadas, favorecieran el

desarrollo de las ciudades, y que la triunfante insurrección de Uri, Schwytz y Unterwalden, en 1308, hubiese dado un golpe mortal á la nobleza, ligada con el Austria en contra de ellos; ni esto ni los nuevos levantamientos que se sucedían rápidamente, siempre coronados con el triunfo, habían podido destruir el prestigio de las casas aristocráticas en el canton de Friburgo, que leal por excelencia en aquella época dió repetidas muestras mas tarde de su decidida inclinación á la oligarquía. El feudalismo pues, amenazado por todas partes, y en muchas completamente hundido, declinaba con gran lentitud en aquel lugar, y hallaba en él una seguridad que en vano hubiera buscado en ningún otro de la antigua Helvecia, que tomó el nombre de Suiza desde el sangriento bautismo de Morgarten.

Entre los grandes señores cuyos dominios se hallaban en Friburgo, uno de los mas ricos é ilustres, despues de los condes de la Gruyere, era el de Montsalvens; y al poseedor de aquel título en el año de nuestra historia, servia en clase de paje Arnoldo Késsman, que, como ya han podido adivinar nuestros lectores, es el amante preferido de la bella Ida Keller. Segun se decia entre las gentes de Neirivue, pertenecía aquel jóven á una familia noble, aunque no legítimamente, y era tan pobre que nada poseía en el mundo sino la protección de su señor, de la cual, á decir verdad, poco podia esperar, atendido el profundo egoismo que caracterizaba á aquel personaje. Pero Arnoldo vivía en su castillo desde los primeros años de su vida, y aunque debía ser forzosamente infeliz en la dependencia de un hombre tan rudo como lo era, segun la opinión general, el conde de Montsalvens, el pobre jóven á quien amenazaba la indigencia, aceptaba agradecido el amargo pan que se le concedía bajo aquel techo inhospitalario.

Instruidos ya los lectores de estas no insignificantes circunstancias, volvamos á buscar á la juvenil cuadrilla que acababa de terminar su prolongada danza.

¡Arnoldo! decia un robusto moce-ton, que veía con envidia las preferencias que aquel alcanzaba de la bella hija de Juan Bautista, y que deseaba probar ante esta la superioridad de su propio mérito, graduado por él segun la estimación de las fuerzas corporales. ¡Arnoldo! queréis luchar conmigo? aquel que describe á su contrario tendrá derecho de estar toda la velada cerca de Ida Keller.

—Forma un talle como el mio cada uno de vuestros brazos, Gerster, respondió el provocado; pero no importa: lucharé con vos si lo permiten estas belleidas.

—No por cierto, dijo Ida asiendo-se de uno de los brazos de su amante. Mirad, amigos, el cielo se va oscureciendo mucho, y viene de las montañas un viento desagradable. Os ruego que volvamos al Chulet, donde ya debe estar preparada la frugal colacion en que teneis la bondad de querer acompañarnos.

Tiene razon Ida, dijo otra de las doncellas: estaba tan hermoso el tiempo hace un momento!... Késsman! añadió riéndose, habeis traído con vos la tempestad.

Es que la llevo siempre en el corazon, dijo Késsman en voz baja á su bella compañera, y empezó á andar con ella en dirección al Chulet, siguiéndolos en peloton toda aquella gente turbulenta, que inundó como un torrente el hasta entonces pacífico recinto en que platicaban las personas sensatas.

Habian discutido sin alterarse sobre los precios de los cereales en aquel año; graduado la esportacion de quesos que tuviera Friburgo; y aun entraban ya en la enumeración de las arbitrariedades y rapiños del gobernador austriaco, á quien cordialmente detestaban á pesar de sufrir pacientemente su yugo, cuando se vieron de pronto interrumpidas sus importantes conversaciones, por la bulliciosa tropa que invadió sus dominios y desterró de ellos para siempre toda esperanza de calma. En balde los mas ancianos, que son por lo común los mas tenaces, intentaron repetidas veces reanudar el roto hilo de sus agradables pláticas, imposible era entenderse en medio de la algazara de la jóven cuadrilla que intentaba continuar en la sala el baile comenzado en el campo, y para acallar á unos y disipar el enojo de otros, Juan Bautista creyó lo mas prudente anunciar en alta voz que iban á dar los nueve, y que le parecia conveniente pasar á la otra sala donde la refacción los esperaba.

Nadie oyó con disgusto tan halagüeña invitación y en un instante se vieron siliadas por todos lados dos largas mesas, colocadas paralelamente en medio del cuadrilongo que formaba el nuevo recinto, las que, cubiertas por blancos man-

teles, ostentaban á porfia los mas ricos quesos del país y las mas esquisitas mantecas, alternando con promontorios de sazonadas y diversas frutas, y flanqueadas por anchas ánforas llenas de vino; y por costillos de miembros atestados de tortas de cebada amasadas con manteca, y de blancos panecillos de trigo.

Durante algunos minutos preocupó tanto á los convidados de Keller la presencia de aquellos apetitosos objetos que no se limitaba á gozar con el solo sentido de la vista, que reinó gran silencio en toda la compañía y pudo oírse el ruido del viento que arrebata por instantes, probando que el inconstante cielo de la Suiza habia hecho suceder la tempestad á la deliciosa calma con que comenzó la noche.

Sin embargo, la gente desvelada no parecia inquietarse por aquel cambio repentino á que están usaz habituados los moradores del país, y como la estacion alejaba los temores de una *avalanche* (1), ni los silbidos del viento ni los ruidos y dilatados truenos que devolvian las montañas interrumpieron las inequívocas señales con que daban á entender á Juan Bautista que encontraban verdaderamente deliciosa la colacion prevenida.

Dos personas únicamente hacían poco honor á los incitantes manjares; eran Ida y Arnoldo, que aprovechandose de la general distraccion enlatabron en voz baja el diálogo siguiente:

(Se continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.

DESCUBRIMIENTO Y OCUPACION DE LA CALIFORNIA POR LOS ESPAÑOLES, É IDEA QUE ESTOS TUVIERON DE SU PRODUCCION AURIFERA.

La determinación mas aplaudida y vituperada del reinado de Carlos III, la espulsion de los jesuitas, púsose allí en ejecución en 1768. Los frailes franciscanos les reemplazaron en las diez y seis misiones que habian logrado establecer desde el cabo de San Lucas hasta el grado 29 de latitud, y diéronse á fundar otras nuevas. Culpóse á aquellos padres de haber ocultado máliciosamente al gobierno la fertilidad y riqueza de la California, pintándola estéril é inhabitable para que no les turbaran en su pacífica posesion. Imputacion calumniosa que ya apuntó tres años despues de la espulsion el arzobispo Lorenzana en su historia de Nueva-España, y que acogió con inesplicable fruicion el apasionado historiador Robertson en su constante empeño por deprimir cuanto concernia á españoles. Hé aqui las palabras del autor inglés: «Hacia fines del último siglo los jesuitas que se habian tomado el trabajo de estudiarla (la California) y civilizar sus habitantes habian adquirido sobre ellos una autoridad tan absoluta como la que tenían sobre los pueblos del Paraguay, y pugnaban por introducir allí el mismo sistema y gobernar los indios por las mismas máximas. Para que la corte de España no recelara de sus operaciones, habian tenido gran cuidado de dar una pésima idea del país. Segun ellos el clima era tan insalubre y el suelo tan estéril que solo el celo por la conversión de los indios habia podido determinarles á establecerse allí.» (Historia de América, lib. 7.º) No pretendemos paliar las faltas de aquella tan en nuestros dias vilipendiada institución, pero en esto es tan palpable la injusticia con que se la trata que si dejáramos pasar dicha inculpacion sin refutarla, nos quedaria el remordimiento del que pudiendo facilmente desvanecer una acusacion falsa, abandonó á el que se supone reo sin proferir una palabra en su favor. Veamos como el P. Piccolo misionero jesuita describe el *clima insalubre* y el *suelo estéril* de la California en una memoria dirigida á la audiencia de Guadalajara. «En la estación de las lluvias es el diluvio, pero cuando ha pasado, en vez de lluvia cae un rocío tan abundante todas las mañanas que parece ha llovido, lo cual hace la tierra muy fértil. En los meses de abril, mayo y junio cae con el rocío una especie de maná que se congela y endurece en las hojas de las cañas. Yo lo he gustado y es tan dulce como el azúcar, si bien no tan blanco. El chima debó ser seno á juzgar por

(1) Creemos que nuestros ilustrados lectores no ignorarán que los *avalanches*, fenómeno el mas terrible y extraordinario de los que presenta la naturaleza en las Alpes, consisten en la precipitación de enormes masas de nieve ó de hielo que, con un ruido semejante al trueno, se desprenden y ruedan desde las montañas á los valles, arrastrando cuanto se opone á su paso, y causando á veces grandísimos daños. En nuestros Pirineos, donde tambien se espantan, aunque con menos violencia y estragos, se han observado.

nosotros mismos y por los que nos han acompañado, porque en los cinco años que hace que hemos entrado en el reino estamos todos buenos, á pesar de las grandes fatigas que hemos sufrido.... Hay en California como en los mas bellos países del mundo grandes llanuras, hermosos valles y en todo tiempo excelentes pastos para toda especie de ganados, manantiales, arroyos y rios, cuyas riberas cubren sauces, cañas y viñas salvajes. Los rios son abundantísimos de peces.... Así puede decirse que la California es un país muy fértil.... Si este país es abundante en frutos no lo es menos en granos; hay catorce especies de que estos pueblos se alimentan.... El pan es tan bueno que no es raro que muchas plantas lleven fruto tres veces al año. Cultivando la tierra y con un poco de inteligencia en la dirección de las aguas se haría todo este país estremadamente férax, pues no hay género de frutos ni de granos que aquí no se cogieran en grande abundancia. Nosotros lo hemos experimentado porque habiendo traído de Nueva-España trigo, frísoles y lentejas los sembramos y tuvimos una abundante cosecha, á pesar de no tener buenos instrumentos de labranza, pues todos ellos se reducían á una mula vieja y á un arado. (Dice que habia aclimatado y se multiplicaba prodigiosamente toda clase de ganados y animales domésticos, y continua).

En cuanto á aves todas las de Méjico y casi todas las de España se encuentran en California. El mar abunda mucho en pescado, y este de muy buen gusto.... (En cuanto á minas dice) no dudó que se encontrarían en muchos lugares, si se las buscara; porque este país está bajo el mismo clima que las provincias de Cinaloa y Sonora donde las hay muy ricas.» Esta memoria en que el jesuita Piccolo pinta la California como otra isla de Calipso, se imprimió en los primeros tomos de las *Cartas edificantes y curiosas*, obra que daba á luz la misma compañía, y que aunque olvidada hoy gozó de gran popularidad en el último siglo.

Hallábase de visitador en Méjico cuando la espulsion de los jesuitas el consejero de Indias don José de Galvez, hombre de oscuro nacimiento, á quien habia elevado Grimaldi, instruido para su tiempo, y que despues obtuvo en pago de la habilidad y celo con que promovió saludables reformas en la administración de aquellas apartadas provincias, y procuró el aumento de las rentas reales, además del título de marqués de la Sonora, la presidencia del Consejo y la secretaría del despacho de Indias, puestos en que se conservó hasta su muerte gobernando la América mas como rey que como ministro. Pasó Galvez á inspeccionar la California pero no habiendo hallado todavia quien haya tenido la mano



al polvoriento legajo que guarda en el archivo de Indias la relacion de su viaje para darnos de él detallada noticia, no consta mas sino que suprimió algunas misiones por hallarse situadas en un terreno, designó los lugares en que debian fundarse otras, y estableció ciertas leyes para el buceo, que era á la sazón tan segura praujería que se ha conservado memoria de uno de los soldados que le acompañaban, llamado Juan del Ocio, que en muy poco tiempo reunió una considerable fortuna. Permaneció allí talvez reconociendo el país durante los años de 1768 y 69, sin que le arredrara la epidemia que entonces diezaba la población, y que hizo víctima al astrónomo Clappe d'Auteroche enviado á California por la Academia de Ciencias de Paris, como años atrás lo habia sido á la Siberia, para que observara el paso de Venus por el disco del sol.

El descubrimiento de un nuevo ramo de comercio casi tan lucrativo como el de las perlas, atrajo por este tiempo la atención del gobierno, y dió mayor importancia á la California; las pieles de las nutrias que con tanta abundancia allí se crían, cambiábanlos los ingleses por bujerías á los indios, únicos que á fuerza de paciencia y asidua lograban coger á aquel anfibio sin que se les estropease la tan apreciada piel, y luego en Europa las vendian á un precio exorbitante. Rulerado nuestro gobierno de este escandaloso abuso, previno á los misioneros que recogieran cum-

tas pieles pudiesen, y en cambio se les daría los géneros y utensilios que necesitasen. Así se hizo, retribuyéndoles por cada piel valor de diez pesos.

Todavía antes de cerrarse el siglo fué teatro la California de grandes desventuras. Desarrollóse en 1781 una horrible epidemia de viruelas, que complicada con la sifilis, dolencia habitual y heredada en aquella gente, acabó con misiones enteras. Pocos años despues, cuando principiaban á olvidarse los estragos de la anterior calamidad, se sublevaron nuevamente aquellos bárbaros, y la sangre de los misioneros regó por segunda vez el suelo californio. Por este tiempo (1788) ascendia la población reducida á 3,015 almas, que componian 4,099 familias, repartidas en diez y siete pueblos con veinticuatro misioneros. La guarnición era de sesenta soldados.

Concluiremos esta reseña de nuestra dominacion en aquel país copiando el siguiente párrafo de una carta de un misionero escrita en 1794, en el cual se da una sucinta idea del estado de la industria minera y de los obstáculos que impedían su desarrollo, y confirma la creencia en que ya se estaba de que allí la tierra ocultaba en sus entrañas abundantes y ricos minerales: la observacion con que finaliza no iba tan descamada como á primera vista parece. Dice así el párrafo á que nos referimos: «En el grado 24 y cerca de la misión de Todos los Santos hay un pueblo de

mineros, que casi todos son mulatos, negros y muy pocos españoles. Este pueblo se llama el Real de santa Ana, á donde se saca plata la mas pura y apreciable, pero muy levemente por falta de brazos, de modo que ni las dichas minas, ni los lavaderos de oro que se han descubierto han podido sacar á aquellos infelices de su miseria. Algunos españoles que, almidos de estas noticias entraron en este departamento con el deseo de hacerse ricos por los indios californios, pues unos fueron muertos por los indios californios, y otros que fueron mas dichosos se volvieron del mismo modo que entraron. En algunas ocasiones que llueve por el verano y corren los arroyos con furia, se han visto en los arenales de los mismos muchos granos de oro, y yo he tenido algunos muy finos, los cuales se creen arrastrados de las minas por la violencia de los aguaceros. Yo soy de dictamen que si de hecho entrasen á trabajar las minas, se podría sacar mucha riqueza, pero se perderian los indios, se acabaria la poca religion que aquí se obseva y los españoles serian victimas del furor de los bárbaros (1).»

Estas ingenuas razones de un digno misionero pueden servir de contestacion á las injustas diatribas que contra nuestros padres dirigen estrangeros y aun compatriotas, tachándolos de abandonados é ignorantes por no haber atinado con los recién descubiertos tesoros. Además, el país que hoy produce el oro en tanta abundancia, que es el que riega el río del Sacramento, no perteneció á España mas que de nombre, pues que teniéndolo por estéril, y siendo habitado por salvajes feroces é indomables que daban lenta y cruel muerte á todo europeo que caía en sus manos, feliz suerte que cupo á algunos soldados de nuestra guarnicion de Monterey y á veinticuatro marineros de los buques de Laperouse, no se formó empeño en reducirlo por la fuerza, temiendo no sucediese lo que en Arauco, que costó á los españoles el ser dueños de unas cuantas leguas de terrenos pedregosos y áridos largos años de sangrienta guerra: que acontece á las naciones el tener que proseguir por porfia y vanagloria la contienda ya empeñada, aunque conozcan que del triunfo no ha de redundarles beneficio. Considerada por el gobierno por poco importante y muy costosa la conquista de la Nueva California, se confió á los misioneros franciscanos. ¿Qué se hubiera dicho de estos si en lugar de confirmar con su ejemplo la doctrina que predicaban hubieran dedicado á buscar el oro, dando á conocer á aquellos habitantes el valor de este ansiado metal, origen de casi todos los crímenes? Desgracia grande ha cabido á nuestros antepasados en los juicios de la posteridad. Si por las armas tomaban posesion de desconocidos imperios, eran codiciosos y crueles; si lo encomendaban á pacíficos conquistadores, á inermes sacerdotes, fanáticos é indolentes. Acerbias é injustas recriminaciones á que en valde acuden los estrafios para disminuir la admiracion que inspiran aquellos varones ilustres que descubrieron un mundo, sojuzgaron poderosas naciones sin esterminarlas y dejaron á sus hijos por colonias continentes.

José Godoy Alcántara.

(1) Aprovechamos esta ocasion para consignar las ideas de un oscuro jesuita español, del P. Miguel Venegas, sobre una de las preocupaciones que mas ha trabajado por desterrar la economia politica, cual era la de que la abundancia de preciosos metales constituia la riqueza de una nacion. Véase como este olvidado autor mostró tener por inconcuso lo contrario en una historia de las misiones de California y la Sonora, que escribió al final del primer tercio del siglo XVIII, no sin elegancia de estilo, dote rarísima en aquella edad, y téngase en cuenta que esto se decia mas de treinta años antes de que Smith escribiera la *Riqueza de las naciones*.—«De Sonora puede decirse que es una de las provincias mas ricas y mas pobres á un tiempo de la América y del mundo. Sobre su fertilidad en todo género de frutos, se hallan sus tierras pobladas de vetas y minas de plata tan abundantes, que de algunas se cuentan cosas que exceden toda fé; y si se ha de dar crédito á lo alegado en pleitos ante el supremo consejo de Indias es preciso dejarse de admirar del cerro del Potoei y de otros cualquier fecundos mineros del mundo, porque en Sonora hay montañas poco menos que de plata maciza... Sin embargo la provincia es una de las mas pobres, y apenas puede hallarse prueba tan de bulto como ella, de aquella mal conocida verdad y elemento político que no el oro, no la plata, no la pedrería y los metales preciosos, hacen ricos y poderosos los estados; sino la muchedumbre de habitantes laboriosos, é industriosos en la labranza de la tierra, criaña de ganados y labor de toda suerte de manufacturas precisas para su consumo, gobernados con justicia y equidad para que no se destruyan los unos á los otros.»

A la Señorita Doña Luisa L.

SERENATA.

Niña hermosa y modesta
pálida y grave,
tu alabanza en mi boca
sé que no cabe.
¿Qué ser encierra
tu belleza?—se ignora
sobre la tierra.

Por tus mil me parecen
raros primores,
hermana de las aves
y de las flores.
Serán antojos:
mas al verte ven flores
y aves mis ojos.

Al verte en movimiento
y al verte en calma,
en poética duda
vacila el alma.

Dudo (¿quién sabe?)
si eres flor por la pura,
por lo hermosa ave.

Si entre flores hallára
tu faz serena,
la creyera el capullo
de una azucena;
porque en tí hallo
la gentil de su esbelto
florido tallo.

Si al andar, movimiento
tu cuerpo toma,
tu paso creo el vuelo
de una paloma;
porque resbalas
sobre tus piés, como ella
sobre sus alas.

Niña hermosa y modesta
pálida y grave,
tu alabanza en mi boca
ves que no cabe,
porque la tierra
ignora en tu hermosura
lo que se encierra.

Del color de los cielos
son tus pupilas:
como ellos tus miradas
puras, tranquilas.
Tu forma entera
como la de los ángeles
casta y ligera.

Las palabras que brotan
de tu garganta,
dulces son como trinos
de ave que canta:
y de tu aliento
con el vapor fragante
se asoma el viento.

Caminar por la tierra
los que te miran
con respeto y asombro
mudos te admiran.
No sé qué tienes
de los cielos que de ellos
juzgan que vienes.

Criatura mas pura
que las humanas
las pasiones que inspiras
no son mundanas.

